

LA TERCERA REUNION DE LA UNCTAD

**MAS DEUDAS, MENOS RECURSOS PARA FINANCIAR
EL DESARROLLO**

Alonso AGUILAR M.

De las tres reuniones plenarias celebradas hasta ahora por la UNCTAD la última ha sido, probablemente, la principal, no porque en ella se hayan planteado cuestiones diferentes o adoptado resoluciones fundamentales, sino por haber tenido lugar en un momento de graves desajustes comerciales y financieros en la economía capitalista mundial y por haberse realizado en Chile, o sea en el primer país latinoamericano que después de Cuba intenta, por sus propios caminos, abrir paso a la liberación nacional y al desarrollo, a través de un proceso de cambio llamado a culminar en el socialismo.

Muchas cuestiones se examinaron en la Conferencia de Santiago; en estas líneas, sin embargo, nos referimos sobre todo a una de ellas: al problema del financiamiento del desarrollo, ya que, en esta misma sección, otros colegas abordan los aspectos propiamente monetarios, comerciales y tecnológicos de mayor interés en los debates y resoluciones.

Como en tantas asambleas internacionales, en la III de la UNCTAD se planteó el problema de financiamiento a que se enfrentan los países subdesarrollados; y, a juzgar por la información a nuestro alcance, muchos de los participantes reiteraron tesis como éstas:

- El desarrollo debe descansar, esencialmente, en la utilización de los recursos propios y, en particular, en la capacidad interna de ahorro;
- La cooperación financiera internacional, no obstante, puede y debe jugar un papel complementario significativo;
- Hasta ahora dicha cooperación ha sido inestable e insuficiente y se

ha canalizado a través de mecanismos que suelen someter a los países que la reciben a múltiples trabas;

- El financiamiento internacional está dando lugar a un peligroso endeudamiento y a severas presiones sobre las balanzas de pagos de los países "en desarrollo". Las condiciones onerosas en que se otorgan los créditos y las dificultades con que tales países tropiezan para tener acceso al mercado mundial, unidas a la exacción de recursos a que da lugar la inversión extranjera directa, contribuyen a agravar dichas presiones.
- Ante este estado de cosas, los países industriales debieran destinar mayores fondos al financiamiento del desarrollo del "Tercer Mundo", así como acceder a revisar los términos de sus operaciones financieras y, en su caso, renegociar sus acuerdos con aquellas naciones que soportan ya cargas demasiado pesadas.

Que la situación financiera de los países subdesarrollados es a estas horas bien difícil es algo tan obvio que incluso resulta ocioso subrayarlo. Aun en los países latinoamericanos más afortunados, cuyo ingreso ha crecido en años recientes a una tasa más o menos satisfactoria, es evidente que los avances reales —no meramente estadísticos— van muy a la zaga de los logrados por el puñado de naciones ricas. Ni esos países han podido hasta ahora mantener tasas de inversión adecuadas para movilizar y absorber —si no plenamente al menos en su mayor parte— el potencial productivo de que disponen. Y tampoco han sido capaces de lograr tasas de ahorro interno que les permitan financiar sus inversiones sin necesidad de endeudarse excesivamente y de comprometer, cada vez más, su ya muy precaria y quebrantada independencia.

En 1970, el superávit de la cuenta corriente de la balanza de pagos de los Estados Unidos con América Latina fue de más de 2 100 millones de dólares, o sea 100 millones más de lo que la Alianza para el Progreso se proponía, hace un decenio, trasladar anualmente hacia América Latina para "rescatarla" del atraso económico. Esta situación, que en general es la de todos los países subdesarrollados, explica en buena parte el por qué del crecimiento incontenible del endeudamiento externo, con el que, a menudo virtualmente, se compensa el desequilibrio de la cuenta corriente. Todavía en 1960 el saldo de la deuda exterior a mediano y largo plazos de los países subdesarrollados era de 16 400 millones de dólares; cinco años después alcanzaba poco más de 37 000; en 1969 era ya de 59 000, y a la fecha se acerca a 80 000 millones de dólares. Es tal la velocidad con que aumenta la deuda, que en la última década se registra una tasa media anual de incremento de 14%. Y naturalmente, a medida

que crece la deuda se multiplica también el volumen de fondos que es preciso destinar a su servicio. Mientras, todavía en 1967, los países subdesarrollados pagaron 3 900 millones de dólares por amortización e intereses, en 1970 fueron ya más de 6 000 millones los requeridos para ese fin. Con razón el presidente de Chile, Salvador Allende, dijo en la Conferencia que "no es posible que cada país deba dedicar a pagar por su deuda externa 34 dólares de cada cien que ingresen en sus arcas."

A la severa presión ejercida por el servicio de la deuda exterior se añade la exacción de fondos aún mayor generada por la inversión extranjera directa. Según cifras de la OEA, entre 1950 y 1967 Latinoamérica recibió por tal concepto 3 900 millones de dólares y perdió 12 800 millones, lo que quiere decir que, por cada dólar recibido, tuvo que transferir al extranjero nada menos que 3.3. Y por si ello fuera poco la UNCTAD ha estimado que tan sólo a consecuencia de la crisis monetaria internacional de 1971, de la devaluación del dólar y otras medidas adoptadas unilateralmente por los EUA, los países subdesarrollados perdieron en unos meses alrededor de 500 millones de dólares en poder de compra de sus reservas monetarias.

Frente a tan grave situación, ¿qué resolvió la III Conferencia de la UNCTAD en materia de financiamiento del desarrollo? Si se examinan las resoluciones adoptadas, el balance no parece muy alentador. Veamos:

Un primer acuerdo propone que "se siga avanzando hacia el desarme, en particular el desarme nuclear, y que los países consideren el uso de una porción importante de los recursos liberados... para financiar programas económicos y sociales..."

A la fecha, cabe recordar, el mundo destina a gastos militares alrededor de 200 000 millones de dólares al año, de los que a los EUA, solamente, corresponden 80 000 millones. La UNCTAD reiteró la recomendación de que los países industriales más avanzados canalicen a los subdesarrollados, siquiera hacia 1975, el 1% de su producto nacional. El hecho es que hasta ahora sólo dirigen a ese fin menos del 0.5%, aunque, como hemos visto, lo que realmente dejan en los países subdesarrollados es aun muy inferior, y en el fondo son éstos, inclusive, los que financian a aquéllos. ¿Será posible que el desarme modifique sustancialmente tal situación? Parece improbable. Muy improbable porque el militarismo es inherente al capitalismo monopolista de nuestros días y porque, aun de avanzarse en el camino del desarme, las sumas liberadas por éste se dedicarían a otros fines improductivos y aun destructivos de la riqueza social y no, como

desde luego sería deseable, a impulsar el desarrollo en las naciones atrasadas. O ¿usted cree, lector, que sería viable transferir los miles de millones de dólares que hoy gasta el imperialismo norteamericano en la guerra genocida de Vietnam, a la reconstrucción y el desarrollo bajo el mando de las fuerzas revolucionarias que ya detentan, en el Norte, y están a punto de tomar, en el Sur, el poder en ese país?

En otra resolución, que, no obstante su legitimidad, fue rechazada por 14 delegaciones, la Conferencia “tomó nota con inquietud de que el progreso económico de los países en desarrollo es amenazado por la carga cada vez mayor de los servicios de la deuda externa...” Lo que al respecto se acordó fue crear en la propia UNCTAD un órgano especial encargado de buscar soluciones prácticas y promover “...consultas entre representantes...” de los países deudores y acreedores, “con la participación, en caso necesario, de expertos internacionales...”

Lo que quiere decir que, dada la oposición de las grandes potencias capitalistas a buscar fórmulas de arreglo eficaces, lo más probable es que la “inquietud” de la UNCTAD sea cada vez mayor y que los problemas de los países subdesarrollados se vuelvan, por su parte, cada vez más graves.

- En cuanto a la pérdida en las reservas monetarias y el impacto desfavorable en las relaciones de intercambio ocasionados por la crisis monetaria internacional, otra resolución de la UNCTAD pide a los países prestamistas y a las organizaciones financieras internacionales “tomar en cuenta el efecto adverso” de tales ajustes; a los que revaluaron sus monedas se les pide “aliviar las condiciones de reembolso de los préstamos pendientes”, y al Fondo Monetario se solicita otorgar “asignaciones adicionales de derechos especiales de giro a los países perjudicados...”
- En fin, en una resolución inobjetable, pero que tampoco pudo aprobarse por unanimidad, se “afirma el derecho soberano de los países en desarrollo a asegurarse de que el capital extranjero opere de acuerdo con las necesidades nacionales...” y se expresa, aquí también, “inquietud ante la salida de recursos provocada por las inversiones extranjeras...”

En resumen, en la III reunión de la UNCTAD se escucharon frecuentes y justas quejas, se expresaron inquietudes, se reiteraron buenos deseos e hicieron recomendaciones que, incluso al nivel de meras propuestas, que a nadie comprometen formalmente, fueron a menudo rechazadas por las grandes potencias capitalistas. ¿Significa esto que la Conferencia no haya tenido, en el fondo, mayor trascendencia? No. En Santiago fueron denunciados hechos tan graves como el plot urdido contra Chile por la *International Telephone and*

Telegraph y la CIA, el bloqueo comercial y militar de los EUA a Cuba y, en general, lo que el presidente Allende llamó la política de “intimidación y chantaje” del imperialismo. Allí se puso de manifiesto, una vez más, la resistencia de éste a aceptar las demandas de los países subdesarrollados; se exhibió de bulto la forma dramática en que se abre el abismo que separa a los países ricos de los pobres, y, junto a reiterarse ilusiones que pronto habrán de desvanecerse y repetirse frases hechas que la oratoria desarrollista y el reformismo reservan para tales ceremonias solemnes, se plantearon también problemas de fondo, se señalaron las causas reales del atraso y se reiteró la necesidad de cambios profundos, realmente revolucionarios, para superar el subdesarrollo.

Si antes de esta reunión de la UNCTAD alguien creía que el capitalismo ha resuelto sus viejas contradicciones, después de ella será difícil que lo piense, porque la Conferencia de Santiago puso en relieve que la crisis del capitalismo no tiene necesariamente que manifestarse, como ocurrió en los años treinta, a través de una sobreproducción que no encuentre cabida en el mercado. Las formas que esa crisis adopta son cambiantes: ora una plétora de mercancías que nadie puede comprar, ora una larga y destructiva conflagración, ora una guerra comercial sin cuartel, la inflación crónica y profundos desequilibrios financieros y de balanza de pagos que no sólo resultan de la agudización de la desigualdad en el proceso de desarrollo en la fase imperialista, sino de la incapacidad del sistema para emplear racionalmente su potencial de recursos y de la agotante succión a que las potencias capitalistas someten a las naciones pobres:

“Son los grandes países capitalistas... y, especialmente, los que se han enriquecido con la explotación... de los países subdesarrollados —recordaría el canciller cubano Raúl Roa—, los que tienen la máxima responsabilidad histórica de la trágica depauperación y el saqueo del Tercer Mundo. Es ineludible reconocer que a los países socialistas desarrollados no les toca responsabilidad alguna en este secular proceso de succión del trabajo y la riqueza ajenos. Los países socialistas desarrollados no sólo han contribuido al desarrollo de los subdesarrollados, sino que han sido también víctimas de la política discriminatoria implantada en el comercio internacional por los grandes países capitalistas...”

La distinción entre unos países y otros era necesaria para dar paso a la verdad y para cerrarlo al anticomunismo y a la insidiosa tendencia —presente en Santiago— a identificar a las naciones socialistas con las potencias capitalistas, como si unas y otras trataran por igual a los países atrasados, y la naturaleza del sistema social nada importara. “Estamos aquí —había dicho por su parte un delegado

mexicano— ...para tratar problemas entre los países desarrollados y los en vías de desarrollo y no para considerar problemas de un determinado sector de países. . .” Sutil, pero no por ello menos clara y en el fondo torpe manera de sugerir que no es el capitalismo el problema central de los países atrasados sino el trato con los países desarrollados, sean éstos capitalistas o socialistas.

Y después de todo, es natural que en la Conferencia afloraran tales desacuerdos. Es natural que ante los graves problemas de que se habló tomaran cuerpo posiciones divergentes y aun encontradas. Para el jefe de la delegación norteamericana, hablar del imperialismo era caer en gastados “*clisés* y perder el tiempo. . .” Para muchos de los representantes de los países subdesarrollados —los desarrollistas— lo más importante era lograr el apoyo y la cooperación de parte de las grandes potencias. Pero para otros delegados, que por fortuna fueron a Santiago dispuestos a “perder el tiempo”, la tribuna de la UNCTAD debía aprovecharse para dejar bien claro —como lo hizo, entre otros, el embajador cubano Carlos Lechuga— que:

“La única vía efectiva y rápida para salir del atraso y de la dependencia es la revolucionaria, enderezada al derrocamiento de la dominación imperialista y de las clases sociales nativas en que se sustenta.”